

Un obispo ejemplar...

(Viene de la página 252)

saron por ataques al dogma católico a uno de los más significados disidentes de la religión oficial. Fué sentenciado a pagar una crecida multa.

¿Qué hizo entonces el obispo de H...? No; él no quería dominar por la coacción, sino convencer por la razón. Se dolió de esa sentencia contra el hereje; apeló al jefe del Estado y no cejó hasta conseguir, al fin, que esa condena por ideas fuese levantada.

El obispo de H... ha vivido siempre humildemente. "Sus vestidos, zapatos y su ropa de cama eran modestos", refiere con simpática sencillez el clérigo aludido. "Su mesa era frugal y sobria". Sentaba a ella democráticamente, para que comieran con él, a los sacerdotes de su diócesis. De cuando en cuando, a las habituales legumbres y frutas añadía un poco de carne "por consideración a los huéspedes y enfermos". Como ese prelado no fué nunca hipócrita, bebía con sus comensales un vaso de vino; pues él mismo ha escrito en una de sus obras: "No temo la impureza de los alimentos, sino la impureza de las pasiones".

Del dinero no se ocupaba. Confiaba a personas capaces la administración diocesana. Nunca quiso comprar casas, tierras ni alquerías. Visitaba a las viudas y a los huérfanos desamparados. Favorecía a los menesterosos. Pero no quería que, ni aun a pretexto de caridad, sus clérigos y frailes se dedicasen a captar donaciones o herencias. "Sabemos que rechazó algunas herencias, no porque no fuesen de utilidad para los pobres, sino porque le parecía más justo y equitativo que las recibiesen los hijos o parientes próximos

o remotos del difunto a quienes éste no había querido dejar su patrimonio".

Procuró siempre que el clero viviese ajeno a los asuntos mundanos, sin apeteer los bienes materiales, ni inmiscuirse en las familias, ni meterse a concertar matrimonios. Cuando se edificaban residencias religiosas, mandaba que no fuesen demasiado grandes.

Pero su amor a los pobres, a los míseros, a los afligidos y perseguidos, no conocía límites. En alguna ocasión, no pudiendo socorrerlos de otro modo, dispuso que se vendieran los cálices y vasos de plata destinados al culto, "para atender así a los presos y a muchos necesitados"...

¿Quieres ya, lector, que te diga quién es ese obispo de H..., que vende la plata del altar para socorrer a los presos, que rechaza herencias devotas y que, amigo de la pública discusión, solicita que se supriman las multas a los herejes?

Ese obispo de H... es el obispo de Hipona. Nació hace mil quinientos años. La Iglesia le llama San Agustín, y como a glorioso padre y doctor le venera en los altares.

Los datos que me han servido para redactar las anteriores líneas están tomados fielmente de la *Vita Agustini*, su biografía, auténtica, escrita por Possidio, obispo de Calama, su íntimo amigo durante cuarenta años. Para conmemorar el centenario de San Agustín, la *Revista de Occidente*, en uno de sus últimos números, la ha publicado traducida al castellano...

¡Gran prelado el obispo de Hipona! Su nombre brilla a través de quince siglos. No siempre se ha seguido su ejemplo.

Luis de Zulueta

Ensayos mínimos

Trébol teológico

= Envío de la autora =

La fé

(Flecha de oro)

Si desentrañamos sagazmente el significado de la palabra fé, la primera de las virtudes teológicas, o sea el buen concepto que nos merece una creencia o una persona, no podemos menos de venir a parar en el amor, el amor que es Dios mismo, fuente suprema de todo lo creado.

Teresa de Jesús, la sabia doctora vidente, "dama andante del amor que de tan hondamente humano se sale de lo humano todo", tuvo la encorazonadura de su fe por el acicate del amor, que de tan hondo hizo que un serafín le atravesase el corazón con una saeta, y allí se quedase clavado como el más vivo dardo de la fe.

Cuando en el alma está apagado el carbón de la fé y la tibieza nos descoyunta el ánimo, es menester conquistarla con la voluntad, golpe tras golpe, hasta que quede al rojo vivo, como el hierro candente que saca el herrero de la fragua convertido en una ascua luminosa. Cuando Dios ordena a Abraham sacrificar su hijo en el monte Moria, no hace otra cosa que poner a prueba su fé y su obediencia. Porque, en último término, no es conocimiento el que impone una creencia sino la voluntad la que la afirma.

La fé adquirida entre las tentaciones del

pecado, cuando la carne mísera y deleznable se encabrita como un potro salvaje; la fé que vacila y casi se quema en la hoguera de la duda, entre incertidumbres y desánimos, y luego se ratifica y crece y triunfa, es la fé que deja obras perdurables.

El inventor que noche con noche persigue su anhelo, el héroe que va desalado tras la gloria, el poeta que sueña con el poema imperecedero, el sabio que con su alquimia piensa en encontrar la piedra filosofal, el santo que renuncia a las gloriolas del mundo, todos fracasarán si no van por los caminos encendidos de la fé, la fé que se atavía con una cimera radiante al final de la victoria, la fé que convierte un grano de arena en una estrella y cambia las montañas.

Ni el razonamiento más contundente, ni la lógica más clara, ni las más avanzadas filosofías, podrán nunca desviar ni un ápice la fé viva y verdadera que florece milagros donde quema con sus rayos fulgurantes. Es en el corazón del hombre cual un mínimo grano de incienso ardiente cuyas volutas olorosas suben a Dios en fervida oración: "La fé se pega y es tan robusta y ardorosa que rebasa a los que la quieren y quedan llenos de ella, sin que se amengüe, sino

más bien crezca. Pues tal es la condición de la fé viva, crece vertiéndose y repartiéndose se aumenta. Nada hay imposible para el creyente, ni nada como la fé sazona y ablanda el pan más áspero y duro". Y es que ella ha sido, como su hermana, la esperanza, el fanal que ha mantenido vivo, desde el comienzo del mundo, el más alto concepto de Dios.

La fé no razona, obra. La fé no analiza, llega.

Loada sea la fé.

La esperanza

(Flor inmortal)

La esperanza ha sido enfilada en el centro de sus hermanas gemelas, la fé y la caridad, porque es como un eslabón que las complementa y la une, arco de plata tendido entre las dos, puente de oro que las afirma. Desde la niñez a la senectud, o mejor, desde que nacemos hasta que morimos, la esperanza va prendida a nuestro corazón como un fanal esplendoroso que sólo se extingue con la muerte. Y aun después de consumirnos corporalmente, el alma sigue en vuelo presuroso buscando siempre el más allá, el más allá entre las opacidades de la nébula.

Apenas concebimos un deseo y lo realizamos, la esperanza desfallece y concluye, pero otra nueva ambición surge al instante y se enciende de nuevo la lucecita de la esperanza. Es como la ola que muere, que otra ola la reemplaza enseguida.

La esperanza se aposentó en nuestro ser desde la génesis y aun después de finada esta escoria pasajera de la carne, su raigambre sigue adentrándose tan hondo en el alma hasta penetrar en la eternidad ilímite.

El amor nace y se alimenta de la esperanza y cuanto más tasque el freno del deseo más se aviva en su hoguera y más se desespera en la espera de su realización. La esperanza como el ave de la leyenda surge de sus propias cenizas y sigue aleteando más allá del tiempo y del espacio, concretos en su unidad. Y pudiéramos decir, en último término, que la esperanza es Dios, como lo es la caridad y la fé. Creemos porque esperamos y amamos porque el amor se nutre en la fuente continua de la esperanza, que muere y renace en sucesión permanente. ¿Y quién pondría en duda que se nos dió la esperanza para dar oportunidad a que el alma encontrase su inmortalidad?

Nuestra vida no es otra cosa que una eterna esperanza en perpetua renovación. Quitadle a una alma la esperanza y le habréis quitado la vida misma. ¿Habéis pensado acaso, por un momento, el suplicio espantoso en que viviríamos sin esa llamita divina de la espera en alguien o en algo? Y concretando pudiéramos decir que el hombre es una esperanza en marcha.

La esperanza tiene de la hormiga el afán y es como el correr del agua del río, incansable. Ella ritma en nuestro corazón la más dulce canción, refuerza en nuestro cerebro las más desalentadas ideas y deja su